

FREUD Y SPINOZA

Por Ramón de la FUENTE

ENTRE LOS discípulos de Freud y aquellos que sin saberlo o sin reconocerlo usan conceptos y métodos derivados de sus descubrimientos, pocos se han dado cuenta de la notable similitud que acerca las ideas básicas del psicopatólogo vienés a las de Baruch Spinoza. Sólo excepcionalmente se alude en la literatura psicoanalítica a la teoría propuesta hace unos 250 años en la *Ética* de Spinoza; teoría de la naturaleza humana que, si se la desviste de su terminología escolástica y medioeval, resulta un dinámico anticipo de los conceptos fundamentales del psicoanálisis; podríamos decir, inclusive, que esboza algunos de los desarrollos que posteriormente a Freud han ocurrido en este campo.

No pensamos que sea escatimar merecimientos a Freud el comparar las directrices generales de su pensamiento con las del filósofo y moralista del siglo XVII.

De acuerdo con sus críticos y biógrafos, no es probable que Freud haya sido directamente influido por Spinoza. Si Freud leyó alguna vez la *Ética*, es poco creíble que la haya revisado con detenimiento, pues en toda la obra de Freud no se menciona a Spinoza una sola vez. Por otra parte, el valor y trascendencia de la obra de Freud, no radican exclusivamente en haber concebido una ampliación del concepto de lo mental, enfatizando que la realización de nuestros actos depende de fuerzas de cuya existencia no nos percatamos. El mérito principal de Freud estriba en haber transitado de modo escrutador e incansable por el territorio extenso e inexplorado de lo irracional, reuniendo a cada paso los datos que le permitieron fundar, sobre ba-

ses empíricas, una psicología de las profundidades del alma humana. Lo que el genio de Spinoza intuyó y expresó en conceptos generales y esquemas desnudos, Freud, con notable paciencia, lo extrajo de la mente de numerosas personas, a cada una de las cuales estudió durante centenares de horas mediante técnicas establecidas por él.

La más señalada convergencia entre el pensamiento de ambos está en la aplicación común de un *criterio determinista* para la comprensión de los fenómenos mentales.

El libre albedrío en el sentido de la filosofía tradicional, no tiene cabida ni en la psicología freudiana ni en la de Spinoza. Freud declara en la *Psicopatología de la vida cotidiana*: "Muchas personas arguyen contra la postulación de un determinismo psíquico absoluto, refiriéndose a un intenso sentimiento de convicción de que hay libre voluntad. Este sentimiento de convicción existe, pero no es incompatible con la creencia en el determinismo". Y a su vez Spinoza sostenía que "no se encuentra en la mente una facultad absoluta de entender, desear y amar...; y "que las emociones tales como el odio, la cólera, la envidia, etc., consideradas en sí mismas, provienen de la propia necesidad y habilidad de la naturaleza, como otras cosas individuales, y por consiguiente reconocen ciertas causas a través de las cuales son susceptibles de ser entendidas". También afirmaba: "Los hombres se piensan libres en tanto que están conscientes de sus voliciones y deseos; puesto que ignoran las causas que los conducen a de-

sear, ni siquiera sueñan en la existencia de las mismas."

El determinismo es un principio fundamental de toda ciencia, y por tanto, lo es igualmente de la psicología. No ha de sorprender el que Freud haya aplicado este criterio científico al estudio de las emociones, los pensamientos y la conducta humana, si se toman en cuenta la época y el clima cultural en que Freud desarrolló sus ideas. Más notable es que Spinoza, dos siglos antes, haya previsto la necesidad de aplicar al estudio de las emociones y de las ideas el principio de la causalidad, que tan claramente percibió en todos los ámbitos del universo. En esto, Spinoza fue uno de los primeros pensadores modernos.

El determinismo no puede ser considerado, como algunos lo hacen, una negación de la libertad y la responsabilidad. Su contrario no es el libre albedrío, sino el indeterminismo; es decir, la hipótesis de que, en vez de ser producidos por causas definidas, los procesos de la mente son accidentales; imprevisibles, caóticos. La contradicción entre libre albedrío y determinismo es resultado de confusiones conceptuales. Lo que Spinoza y Freud niegan es la libre voluntad en un sentido absoluto, indeterminado. Que Spinoza creyó en la libertad, lo demuestra el hecho mismo de que el propósito de su *Ética* haya sido el ayudar a los hombres a librarse de sí mismos. "El hombre virtuoso —dice— es aquel que vive la vida de libertad bajo la guía de la razón... el hombre malo, por otra parte, vive la vida emocional del cauterio". Y más adelante: "ser libre moralmente, es ser el amo de nuestros pro-



—Grabado de Schmutzer
Sigmund Freud

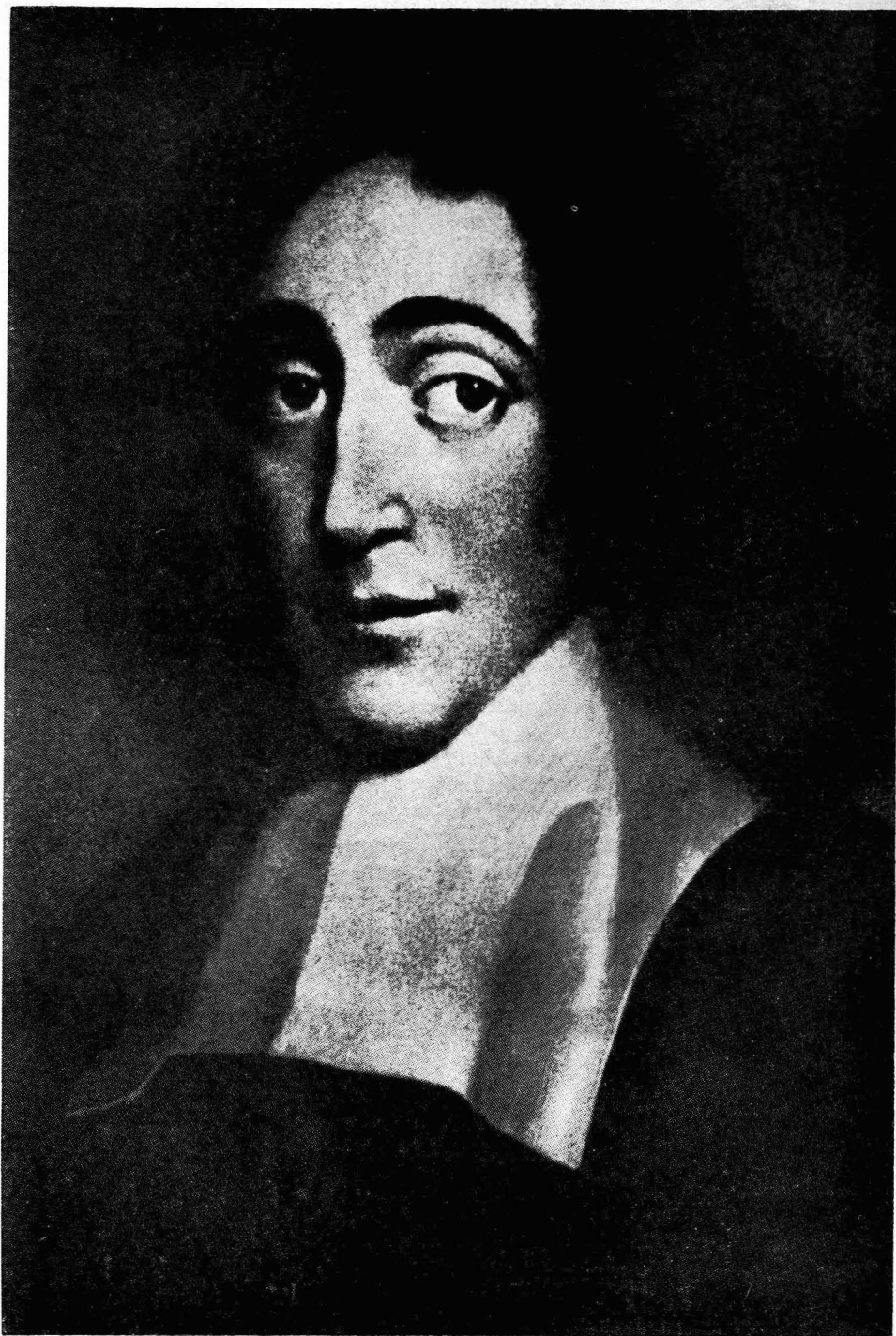
pios impulsos y emociones y recorrer el camino de la ley moral con un corazón libre". La misma creencia en la libertad se encuentra implícita, y a veces explícita, en Freud. Así cuando afirma que "después de todo el análisis no pretende abolir la posibilidad de reacciones morbosas, sino proveer a los enfermos con la libertad del ego necesaria para escoger una u otra cosa". ¡Qué mayor prueba de su fe en la libertad, que el haber dedicado su vida a delinear un método terapéutico capaz de liberar a los hombres de los impulsos ciegos del instinto, es decir, de ayudarlos a ser libres!

Spinoza anticipó la *teoría del inconsciente dinámico* en su interpretación de la vida afectiva y en la distinción que hace entre "ideas adecuadas" e "inadecuadas". Para él, la emoción es una "idea confusa", lo que significa que la considera como un evento psíquico, del cual el hombre sólo tiene advertencia en grado limitado. En algunos pasajes, como en el siguiente, Spinoza es suficientemente claro: "Los hombres tienen conciencia de sus reacciones e ignoran las causas de aquéllas." Asimismo, hace notar que "ya sea que un hombre cobre o no conciencia de su apetito, su apetito permanece de todos modos en él". Es cierto que Spinoza no considera el inconsciente, como lo hace Freud, una fuerza independiente; pero no hay que olvidar que, con el tiempo, Freud mismo desechó la idea de una distinción tajante entre consciente e inconsciente, dejando de conceptualizarlos como provincias mentales autónomas, y que así introdujo el concepto de "preconsciente", al que definió como una región intermedia entre ambos; además al considerar el ello, el ego y el super-ego, como parcialmente inconscientes, atenuó de manera importante la noción de un inconsciente autónomo.

La *represión*, es decir, la exclusión del campo de la conciencia de impulsos que serían disruptivos para el funcionamiento de la personalidad, es uno de los descubrimientos freudianos más valiosos y más universalmente aceptados. A esto mismo parece aludir Spinoza, cuando afirma que "la mente es adversa a imaginar aquellas cosas que disminuyen u obstaculizan su poder..."

No puede uno dejar de pensar que Spinoza admitió la importancia del fenómeno que posteriormente los psicoanalistas denominaron *ambivalencia*: "Uno y el mismo objeto (dice) puede ser la causa de nuestras emociones contrarias; 'odiaremos y amaremos esa cosa al mismo tiempo, lo que inevitablemente conduce al conflicto'. Esta situación mental, que surge de dos emociones contrarias, es llamada vacilación de la mente (*animis fluctuatis*) y tiene la misma relación con las emociones, que la duda respecto a la imaginación".

Otro concepto familiar en el psicoanálisis encuentra antecedentes en la doctrina general de las emociones contenida en la *Ética*. La idea del super-ego está expresada por lo menos en sus lineamientos generales en lo que Spinoza dice acerca del arrepentimiento y de la influencia de los padres y de la educación en el desarrollo de la conciencia.



Baruch Spinoza (1632-1677)

La noción de "deseo" (que Spinoza considera "la verdadera esencia del hombre") se acerca mucho al concepto freudiano de *libido*, especialmente en sus más recientes versiones, en las que, según palabras de Brill, "la libido es considerada como una función psíquica más amplia, que pugna por la obtención de placer en general".

Por último es de señalarse el notable paralelismo entre ambos pensadores respecto a lo que ahora llamamos psicoterapia. Una tesis central de Freud acerca de la terapéutica psicológica es la necesidad que tiene el enfermo de hacer conscientes las tendencias e impulsos incons-

cientes que tan poderosamente influyen en su conducta, a fin de poder llegar a controlarlos y dirigirlos correctamente. No es otra la idea que Spinoza expresa en los siguientes términos: "Cuanto más conocemos una emoción tanto más está ella en nuestro poder y tanto menos la mente le es pasiva." Este remedio para las emociones que consiste en el verdadero conocimiento de las mismas, no es superado por ninguna otra cosa que no sea posible hacer. Sin género de dudas, al igual que Freud, Spinoza sabía que la razón puede ser un poderoso factor en el dominio de las pasiones.